

Cartografiar la repetición

GERMÁN GARCÍA

Colette Soler dice "la repetición de la clínica". Digo *clínica de la repetición*, la repetición es real. Decir *clínica de la repetición* es lo opuesto a la repetición en la clínica que siempre va a llevar a la transferencia, a esto o a lo otro. Mientras que decir clínica de la repetición es esclarecernos sobre qué significa el concepto de repetición.

Nos es difícil separar repetición de reminiscencia, pero les voy a leer a un amigo de juventud que se llama Sören Kierkegaard. Él tiene un texto llamado *La repetición*. He anotado una frase de Freud hablando de Leonardo: "Su libertad intelectual le llevó a dejarnos en una atrevida frase la justificación de toda investigación independiente: aquel que disputa alegando la autoridad, usa más de la memoria que de la inteligencia".

Por suerte Kierkegaard no se presenta como un personaje de autoridad, sino como el que da testimonio de una experiencia de vida. Kierkegaard dice "la auténtica repetición" –ven porque no es lo mismo decir la repetición en la clínica, que es ponerla bajo sospecha–. "La auténtica repetición, suponiendo que sea posible, hace al hombre feliz mientras que el recuerdo lo hace desgraciado, en caso claro está, de que se conceda tiempo suficiente para vivir y no busque apenas nacido un pretexto para evadirse nuevamente de la vida, el pretexto por ejemplo de que ha olvidado algo". Entonces: "nuestro hombre avanza sereno y sigue su camino contento con ejercitar la repetición".

Ahora que hace años que hemos constituido el Campo freudiano, sabemos que charlando sobre la singularidad, la sorpresa, la ruptura y lo inesperado, hacemos lo mismo y decimos las mismas cosas. Eso hace saber que hemos instalado una repetición y sacar la conclusión de qué tiene de bueno y qué tiene de malo. Lo mejor es hacerse invitar por

los amigos a los casamientos por la iglesia y escuchar al cura cómo casa, cómo insta una repetición gozosa, al menos mientras dura el rito ese y cómo provoca una gran emoción con la repetición.

Quizá con el psicoanálisis pasa lo mismo, no son sus terribles novedades lo que atrae sino su monotonía.

“El que quiere la repetición ha madurado en la serenidad”. Lacan, llevado por su seminario, quería la repetición. Sigue Kierkegaard: “La gran ventaja del recuerdo es que comienza con una pérdida, por eso está tan seguro, pues ya desde el principio no tiene nada que perder”.

Esto es para los que escuchamos pérdidas en los divanes.

Esto está muy bien para los analistas: “Un confidente, esto es un observador de vidas ajenas, debe ser un personaje útil y ligero como un pájaro pues de lo contrario nadie le confía su secreto. Lo primero que tienen que hacer es no manifestar demasiado rigor ético en sus juicios y mucho menos no tratar de presentarse personalmente como un dechado de virtudes morales, lo que se dice todo un hombre, al revés, ha de ser a juicio de la gente un hombre depravado, una nefasta compañía, un individuo del que se cuentan las historias más escabrosas y disparatadas, y claro está, los penitentes se sienten muy a gusto confiándole a un hombre de tan admirable fama todos sus secretos, qué impedimento hay en confiárselo si ellos son unas personas infinitamente más decentes y escrupulosas. Un confidente de este tipo soy yo, que me aprovecho todo lo que puedo del buen concepto que la gente se ha formado de mí, en realidad no me importa un bledo lo que la gente diga, lo único que deseo de los hombres es poder tener acceso al contenido de sus conciencias, este contenido lo peso una y mil veces y cuando descubro una conciencia cuyo contenido da un buen peso en mi balanza, entonces ningún precio me parece demasiado elevado. Un hombre de semejante naturaleza y temperamento no tiene ninguna necesidad del amor de una mujer. Estéhecho lo suelo explicar por el recurso al mito diciendo que semejantes hombres fueron mujeres en una existencia anterior y ahora una vez que han nacido y son hombres, recuerdan con frecuencia aquel su estado primitivo de la preexistencia”.

Prosigue: “El problema en que hace hincapié no es otro ni más ni menos que el de la repetición. La repetición, por el contrario, es y siempre será una trascendencia, porque la repetición es también una cosa trascendente”.

Una clínica de la repetición, que no es la repetición en la clínica. He puesto la repetición al lado de lo real. La repetición no es ni la diferencia ni es la identidad. La repetición por eso es trascendente, porque trasciende esta tensión del sujeto entre su identidad y su diferencia.

Y para entrar en tema he traído el seminario *La angustia*, que estamos trabajando en la vertiente del antipático obsesivo, porque es la que nos conduce directamente a la religión, es la clase del 9 de junio del 63. Lacan dice:

“El hecho de que el deseo masculino encuentre su propia caída antes de la entrada en el goce del *partenaire* femenino, al igual que, por así decir, el goce de la mujer se aplasta –para emplear el término tomado de la fenomenología del pecho y del lactante– se aplasta en la nostalgia fálica y desde ese momento es necesitada, casi diría condenada a no amar al otro masculino sino en un punto situado más allá de lo que también a ella la detiene como deseo: a ese más allá apunta el amor, es un más allá o bien traspasado por la castración, o bien transfigurado en términos de potencia. No es el otro en tanto que al otro se trataría de estar unida. El goce de la mujer está en ella misma y no se junta con el Otro. Si así recuerdo la función central –llámenla obstáculo, pero no es obstáculo, es lugar de la angustia– de la caducidad del órgano en tanto que ella encuentra de manera diferente de cada lado lo que podemos llamar la insaciabilidad del deseo, es porque sólo a través de esta evocación vemos la necesidad de las simbolizaciones que a ese propósito se manifiestan vertiente histérica o vertiente obsesiva”.

“Hoy nos hallamos en la segunda de esas vertientes. Y la segunda de esas vertientes nos recuerda que en razón misma de la estructura evocada, el hombre no está en la mujer si no por la delegación de su presencia bajo la forma de ese órgano caduco, de ese órgano del que está fundamentalmente, en la relación sexual y por la relación sexual, castrado”.

“Esto quiere decir que las metáforas del don son tan solo metáforas. Y como es de sobra evidente, él no da nada. La mujer tampoco”.

Todos sabemos la famosa frase “te di los mejores años de mi vida”, que de cualquier manera habrían transcurrido.

“Y sin embargo, el símbolo del don es esencial en la relación con el Otro; es el acto supremo, se dice, e incluso el acto social total. Aquí, precisamente, nuestra experiencia siempre nos hizo palpar que la metáfora del don está tomada de la esfera anal. Hace tiempo se observó que en el niño el escíbalo –para comenzar a hablar con mayor educación– es el regalo por esencia, el don del amor”.

“¿Nos contentaremos con esto? ¿Esto es todo lo que podemos sacar del cuestionamiento de la función del objeto *a* en relación con determinado tipo de deseo, el del obsesivo? Aquí damos el paso siguiente, que también es el paso esencial. Nada hemos justificado hasta ahora que sea diferente del sujeto instalado o no en sus límites, y, en sus límites,

más o menos dividido. Pero el acceso a la función simbólica que logra debido a que, a nivel de la unión sexual en el hombre, este se ve tan singularmente reprimido por esos límites, esto incluso no nos dice nada todavía sobre lo que se halla en juego y estamos exigiendo: cómo es que todo este proceso viene a explicar la función del deseo". "Y la huella de esto nos da la experiencia, a saber, que hasta ahora nada nos explica las tan particulares relaciones del obsesivo con su deseo. Precisamente porque hasta este nivel todo está simbolizado, el sujeto está dividido y la unión es imposible, nos causa total asombro que una cosa no lo sea: el deseo mismo".

"Y para partir de lo importante y de uno que ustedes conocen bien, diré, sin demorarme por más tiempo algo que recordé mil veces, lo que hace un momento llamé las relaciones del sujeto obsesivo con su deseo, a saber que, como les decía la vez pasada, cualquiera que sea el lujo que alcancen sus fantasmas, por lo común nunca ejecutados, a través de toda clase de condiciones que aplazan más o menos indefinidamente su puesta en acto, y aunque los otros franqueen por él el espacio del obstáculo, llega a ocurrir que un sujeto que se desarrolla muy tempranamente como un magnífico obsesivo pertenezca a una familia de gente disoluta...".

Entonces pone el ejemplo de un personaje (caso de Jahr Buch).

"Todas las hermanas –y son muchas– sin contar a la madre, a la tía, a los diferentes amantes de la madre y hasta creo –Dios me perdone– a la abuela, todas pasaron por el vientre del chiquilín cuando éste tenía alrededor de cinco años, no por eso deja de ser un obsesivo, un obsesivo constituido, con deseo al único modo en que puede llegar a constituirlos en el registro de la potencia: deseos imposibles, en el sentido de que, haga lo que haga por realizarlos, no lo consigue. Al cabo de la búsqueda de su satisfacción, el obsesivo nunca se halla en esos registros. Entonces, la cuestión que les planteo es tan viva y bajo una forma que acabo de llamar viva y brillante –lo que aquí se evoca es la imagen de un pecesito, por así decir, bajo su mano, y con motivo– ese *ictus*, como lo ven a cada momento en el campo del obsesivo por poco que pertenezca a nuestra área cultural –y no conocemos otra– ese *ictus* es el propio Jesucristo".

Entonces ahí entra la religión, la función de Cristo en el deseo obsesivo, Cristo como un pescadito brillante, que está ahí entre él y el objeto. Prosigue Lacan: "Puede especularse mucho sobre qué especie de necesidad blasfematoria hace que un sujeto semejante, como muchos otros obsesivos, no pueda librarse a tal o cual de los actos más o menos atípicos donde se dispensa su búsqueda sexual sin llegar de inmediato

a fantasmas donde Cristo está como asociado. Aunque el hecho esté presente desde hace largo tiempo ante nuestra vida, creo que al respecto no se ha dicho la última palabra. Ante todo, está bien claro que aquí –y por eso es una blasfemia– *Cristo es un dios*. Es un dios para mucha gente, e incluso para tanta gente que en verdad resulta muy difícil, con todas las manipulaciones de la crítica histórica y del psicologismo, desalojarlo de ese lugar".

Lacan dice que creer en Dios es creer en una omnipotencia. No hace falta creer en un Dios, somos creyentes porque en el mundo existe algo omnipotente. "Pero no es un dios cualquiera. Permítanme dudar de que los obsesivos del tiempo de Teofrasto, el de los *Caracteres*, se divirtieran haciendo participar mentalmente a Apolo en sus bajezas". "Aquí cobra su importancia la pequeña marca, el amago de explicación que en el pasado creí deber planear: la de que el dios, nos guste o no, y aunque ya no tengamos con el dios o con los dioses –porque son 'los' más que 'él'– ninguna relación, ese dios es un elemento de lo real. De suerte que si siguen estando allí, es evidente que se pasean de incógnito. Pero hay una cosa muy segura: que su relación con el dios es diferente de la nuestra con el objeto de su deseo".

Estoy aplicando una idea de John Searle, de *Background* o trasfondo. Primero, que la repetición para nosotros quiere decir que no hay articulación.

Las últimas películas que vi, a partir de una película de Noé llamada *Irreversible*, tratan de un camino. La metáfora es muy clara, se va por un camino, está la franja blanca y alguien se desvía, alguien toca la cuenta y entra en un infierno. Hay una regularidad repetitiva en la vida cotidiana, pero lo interesante es que cuanto más regular es esta vida, más se utiliza la metáfora de la irregularidad, más se habla de aventuras, de singularidad, de encuentros inesperados. Esto se dice en lugares esperados, perfectamente calculados, etc. Es un fenómeno interesante, tomando lo que dice el propio Lacan, "el yo habla al revés". O como decía Freud, una persona obsesiva y ordenada sueña una orgía donde pasan todo tipo de cosas, pero su relato es ordenado. Tenemos que atender la forma de su relato y no el contenido de su orgía. Es un buen tiempo para la forma de los relatos.

Vuelvo al texto: "Platón sólo nos dijo cosas que, como han visto, siguen siendo muy manejables en el interior de la ética del goce, ya que nos permitieron trazar la frontera de acceso, la barrera que constituye con respecto a ese Bien Supremo, lo Bello".

Cuando Lacan habla del Dios supremo es porque son categorías de

lo moral, el Dios supremo es la moralidad y lo útil. Es decir que pertenecen a un catecismo de moral, no es un invento filosófico de Lacan. Digamos que un tipo que se va a formar religiosamente tiene que entrar en tal o cual relación con ese Dios supremo que es Dios seguramente, tiene que tener una conducta respecto a ese Dios y una cierta relación a lo útil; son las tres cosas que se exigen en un catecismo.

“Pero mezclando cristianismo naciente esto produjo algo, algo que uno cree que está allí desde siempre, y desde siempre en la *Biblia*, pero tendremos que volver a esto más adelante, si es que el año próximo aun nos encontramos todos aquí. Es discutible lo que voy a decir, a saber, el fantasma del Dios omnipotente, lo que quiere decir Dios potente en todas partes al mismo tiempo” –Lacan se refiere a la noción de ubicuidad que es estar al mismo tiempo en todas partes– “y del Dios potente para todo conjunto; porque a ésto nos vemos forzados a llegar, si el mundo anda como lo hace, está claro que la potencia de Dios se ejerce a la vez en todos los sentidos”.

Una persona que cree ser realmente atea tiene en algún lugar un ojo que lo ve, ocurre que esta persona no deja nunca de tener la sensación de ser mirada. Es mentira que es ateo, que hay personas capaces de encadenar cualquier conducta a cualquier conducta, siguen una sola: porque hay una mirada que traza un recorrido por el cual van. Dice que a esa mirada tenemos la costumbre de llamarla superyó. Lacan dice que el superyó tiene la voz del padre. El que habla es el padre, cada vez que estoy hablando, estoy hablando con la voz de mi padre que me ordena por donde ir. No es lo mismo la voz que la articulación de palabras. Me hubiera gustado mostrarles un viejo artículo de Miller sobre la voz, pero no lo encontré.

“Ahora bien, la correlación de esa omnipotencia con algo que es, por así decir, la omnivigencia, nos muestra de qué se trata. Se trata de algo que se dibuja en el campo del más allá del espejismo de la potencia, de esa proyección del sujeto al campo del ideal, desdoblado entre el *alter-ego* especular, Yo ideal, y ese algo más allá que es el Ideal del yo”.

El ideal del yo del sujeto lo está mirando para que siga la carretera correspondiente, la prueba está en que cuando él se sale de ahí es la catástrofe.

“El Ideal del yo, cuando en este nivel lo que se trata de recubrir es la angustia, toma la forma de lo omnipotente. El fantasma ubicuo del obsesivo...” –agrego que Ideal del yo es esa mirada ubicua que el obsesivo encuentra en todos lados– “el fantasma que es también el soporte sobre el que van y vienen la multiplicidad, a la que hay que expulsar

cada vez más lejos, de sus deseos: allí busca y encuentra el complemento de lo que le es necesario para constituirse en deseo”.

“De donde resulta –sólo citaré los pequeños corolarios que se puedan extraer– que hay una pregunta suscitada en lo que podría llamar los círculos calientes del análisis, aquellos donde todavía palpita el movimiento de una inspiración primera; la pregunta es si el analista debe o no ser ateo, y si al final del análisis el sujeto puede considerarlo terminado aunque todavía crea en Dios”.

A la familia le interesa que el trasfondo religioso donde están enterrados sus abuelos, siga subsistiendo en sus nietos.

Nosotros analizamos hijos de familias, puede ser que mañana sean burócratas de las TCC, pero por ahora son hijos de familia. Quizá por analizar mal estas relaciones al pasado se hacen burócratas evaluadores.

“¿Usted cree que para ser analista hay que ser ateo?”.

Un trasfondo religioso dormido, con cierta veta que cada tanto despierta como bien se sabe, y con unas familias que no se sabe si son ateas o no, nos pueden hacer mucho daño. Nos dejamos evaluar pero nosotros también queremos evaluar.

“Esta es una cuestión que no voy a tratar hoy, quiero decir que no voy a zanjarla hoy. Pero en la ruta de tal pregunta les señalo que, sea lo que fuere que les testimonie un obsesivo con estas palabras, si no está extirpado de su estructura obsesiva, estén persuadidos de que en tanto que obsesivo sigue creyendo en Dios, quiero decir que cree en el dios en el que todo el mundo o casi todo el mundo entre nosotros, en nuestra área cultural, cree sin creer, a saber ese ojo universal puesto sobre todas nuestras acciones”.

Es genial, esos que o creen en nada, creen, como se cree en nuestra área cultural: ese ojo universal puesto sobre todas nuestras acciones.

“Esta dimensión se halla aquí tan firme en su marco como la ventana del fantasma del que hablé la vez pasada. Simplemente. Es también su necesidad, incluso para los más grandes creyentes, no creer en él. Primero porque si creyeran, eso se vería. Y porque si son tan creyentes, uno se pecaría de las consecuencias de esa creencia, que permanece estrictamente visible en los hechos”.

La repetición real que Kierkegaard pone en la religión apunta a ese ojo del que podemos decir que es el motor mismo de la repetición.

“No es seguro que Diderot no haya sido realmente ateo; me parece que su obra más bien lo atestigua, dada la manera en que hace jugar al intersujeto a nivel del Otro en sus diálogos más importantes, *El sobrino de Rameau* y *Jacques el fatalista*. Sin embargo, no puede hacerlo sino en el estilo de la burla”.

Para Lacan el que ha ido más lejos es Diderot, pero sólo en el estilo de la burla, y como sabemos la burla a la vez que niega al otro lo afirma, lo hace existir.

“La existencia, pues, del ateo en el verdadero sentido no puede concebirse, en efecto, sino en el límite de una ascesis psicoanalítica (...)”.

Sí, ser ateo, pero por una ascesis psicoanalítica.

Puse la repetición, no la identidad ni la diferencia. Lacan: “Freud dijo las pulsiones son nuestra mitología porque mitologizan lo real”. En tanto que la ciencia avanza en el sentido de develar, de desencantar al mundo, mostrar ese real insoportable, cada vez más la religión tiene el trabajo de cubrir con el sentido ese real. Y además los dioses se afirman como reales en tanto son capaces de cubrir ese sentido de lo real que sería insoportable para el humano. Ustedes tienen la charla de Miller en Comandatuba, si la leen con cuidado ahí está el tema, el discurso analítico en el cenit, las cuatro categorías del analista. El analista *conservador* que cree que va a poner orden al mundo con lo simbólico. El *pasatista* de lo imaginario, que sabe que siempre algo pasa. Y el analista que cree que unido a lo real de la ciencia va a poder dormir tranquilo.

Todos esos analistas venden cómo hacer marchar la cosa. Nosotros sabemos cómo fracasan las cosas. El analista del *sínthoma* muestra que eso no funciona muy bien. Está muy bien planteado porque el fracaso en Lacan no es cualquier cosa. O si ustedes quieren, la pregunta sería qué es lo que fracasa cuando se fracasa. Según decía Lacan, la terapéutica es volver a un estado anterior. Cuando se entra a un análisis se sale como se sale, pero igual que antes no. Por lo tanto nunca se puede prometer en un análisis una recuperación del estado anterior, una especie de cosmética del inconsciente, un “hágame soñar como antes”. Nosotros no estamos para hacer tal cosa, tenemos que interesarnos en otras.